

FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka y LÓPEZ ROMO, Raúl: *Sangre, votos, manifestaciones: ETA y el nacionalismo vasco radical, 1958-2011*, Tecnos, Madrid, 2012, 403 pp.

MOLINA APARICIO, Fernando: *Mario Onaindia (1948-2003). Biografía patria*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2012, 352 pp.

Tres historiadores, dos libros y un tema. Los autores son todos ellos jóvenes por edad, e innovadores por su aproximación al objeto de estudio sobre el que gravitan: el nacionalismo vasco radical. Les unen, cuando menos, tres aspectos: 1) una elección de temas poco transitados (siendo generosos en el cálculo), cuando no inéditos, en la historiografía contemporánea vasca; 2) recurso sin complejos, pero con solvencia, al instrumental analítico de las ciencias sociales a modo de efecto multiplicador del carácter explicativo del fenómeno en cuestión, más allá de la historia política al uso, necesaria pero insuficiente para una comprensión cabal de los fenómenos históricos, y; 3) diáfano compromiso que convierte en un imperativo moral la denuncia de la violación de los derechos humanos practicada por ETA durante las últimas décadas con la inestimable e incondicional colaboración de su entramado civil, erigiéndose así en exponentes de coraje frente a la incivildad perpetrada en el nombre de Euskal Herria.

Ambos trabajos son complementarios. En *Mario Onaindia (1948-2003). Biografía patria*, Fernando Molina delimita el recorrido vital de quien fuera durante la década de 1970 un icono del irredentismo abertzale para acabar sus días odiado por quienes antaño le glorificaron, y ensalzado por quienes le tuvieron enfrente. La parcelación se ciñe a la rica y compleja evolución identitaria de Onaindia, en concreto a su relación con la patria vasca de la que fue apóstol y hereje casi sin solución de continuidad. La biografía nos habla del tránsito de un acendrado dogmatismo en sus primeros años hasta fundirse en una noción liberal de la vida pública. El libro de Gaizka Fernández Soldevilla y Raúl López Romo *Sangre, votos, manifestaciones. ETA y el nacionalismo vasco radical, 1958-2011* se fija no ya en un individuo particular, sino en la subcomunidad nacionalista radical con el objeto de desentrañar su no-evolución, es decir, su aferramiento a prácticas incíviles y violentas e incapaz de alcanzar ningún compromiso (esencia de la política democrática) precisamente por su iliberalidad, por su renuencia a aceptar la pluralidad intrínseca a la sociedad vasca. Veamos las obras con algo más de detalle.

Una biografía sobre Mario Onaindia era cuestión de tiempo; sólo faltaba quien se encomendase a la tarea. Porque, sencillamente, no es posible comprender la historia vasca en su más reciente fase en democracia sin alumbrar la trayectoria de uno de sus actores clave. Personaje proteico a la vez que poliédrico, polígrafo autodidacta, Onaindia sobresalió en campos tan diversos como la literatura, la historia o la crítica cinematográfica. Pero no son éstas las cuestiones que

interesan al biógrafo, ni siquiera su periplo existencial en sus descriptores íntimos más elementales, como la familia. La dimensión que absorbe la atención del biógrafo es la política desde 1970, cuando Onaindia se convirtió en icono de ese gran acumulador de capital simbólico para la causa nacionalista radical que fue el Proceso de Burgos, momento condensado para la posteridad en su turno final de intervención ante un tribunal militar que acabaría imponiéndole dos penas de muerte, luego conmutadas. En primera fila de la política partidaria primero, insuflando ideas a diferentes iniciativas ciudadanas después, indisciplinando espíritus siempre, se trata de un personaje inexcusable para entender la historia vasca del último tercio del siglo xx. Con la solvencia que otorga haber transitado el género biográfico con anterioridad (en concreto sobre José María Arizmendiarieta, alma mater del movimiento cooperativista de Mondragón) y ser titular de un conocimiento acreditado de la historia vasca de las últimas décadas, nadie como Molina para rellenar esa laguna inaplazable.

No se trata, insistamos, de una biografía al uso, escrita de forma más o menos lineal con el ánimo de cubrir todas las dimensiones de la experiencia vital de la persona biografiada. Estamos, más bien, ante una *biografía parcial exhaustiva* de Mario Onaindia. Con prosa elegante y mordaz, el autor nos presenta un análisis bien documentado de ese diálogo ininterrumpido que Mario sostuvo consigo mismo y con su legión de interlocutores al hilo de la identidad nacional de los vascos y de la búsqueda de ese *ex pluribus unum* imprescindible a todo proyecto social. A la búsqueda de esas bases cementadoras dedicó Onaindia lo mejor de sus desvelos intelectuales.

Si se trata de una empresa siempre en equilibrio precario en toda sociedad, a partir de la década de 1960 la convivencia en el País Vasco adquirió aristas de incivildad como corresponde a esa política de la atrocidad que ha sido (porque el tiempo verbal pasado parece imponerse de forma irreversible) el terrorismo etarra. Siempre desde un profundo compromiso con la sociedad vasca, este recorrido de perímetro nítidamente delimitado por Molina de afección y desafección con las definiciones en circulación de la patria vasca vino punteado en Onaindia por ortodoxias, heterodoxias y herejías varias. Su análisis forma el núcleo de lo que el biógrafo se refiere como «biografía patria». Una biografía que arranca con su conversión en icono de los libertadores del pueblo vasco a raíz del proceso de Burgos, cuando oficia de auténtico «productor de nación»; que prosigue con la heterodoxia de su propuesta posnacionalista y su mirada nostálgica al fuerismo liberal decimonónico como argamasa de la sociedad vasca y, como última etapa; que culmina con la herejía que suponía para la religión de la patria abertzale el abrazar un patriotismo constitucional con la defensa incondicional de la libertad como su eje vertebrador. En los años finales de su vida, esa defensa le obligó a vivir con escolta, único escudo, recurso último, para protegerse contra quienes, habiéndole expulsado primero del ámbito de obligación moral, albergaban la malsana intención de eliminarle también del reino de los vivos, tal y como hizo ETA



con sus amigos y correligionarios Fernando Buesa, José Luis López de la Calle y Joseba Pagazaurtundua. La libertad para él era algo más que una metáfora; era una cuestión existencial en su más estricta literalidad.

En estas etapas, que el biógrafo disecciona con solvencia y maestría, Onaindia ejerció como referente moral de una subcomunidad reducida pero influyente en el devenir vasco, que podemos identificar con las siglas del partido que fraguó y animó, Euskadiko Ezkerra. No resulta baladí su identificación con la figura del guía en los westerns de que se da noticia en el libro porque, de forma pretendida o no, en eso se erigió durante su vida política, que coincide con toda su vida adulta; en un referente indignado radical contra la indiferencia de la sociedad vasca frente a los embates liberticidas del mismo terrorismo cuyas semillas contribuyó a sembrar y alimentar. Una referencialidad que, por lo demás, bebía de sus credenciales de «gudari» que había sacrificado en la fase terminal del franquismo vida y libertad por la causa jingoísta, credenciales que se engrandecieron cuando acabó sus días acosado por quienes le colgaron el estigma de traidor y, en otro juicio sumárisimo (el segundo del que era víctima en su vida tras el franquista) le condenaron como elemento sobrante en su definición de la patria soñada. Macabra circularidad ésta que condensa el drama que todo un país ha sufrido en las últimas décadas.

Cuando el personaje está bien traído y mejor tratado, la virtualidad que presenta toda biografía parcial (en el sentido apuntado) trasciende la persona del biografiado para epitomar las vivencias de un grupo social y político más amplio. En este sentido, la biografía patria de Onaindia adquiere contornos generacionales. Sería el exponente más acabado de una juventud que, socializada en el franquismo y desencantada con la pasividad del PNV, durante la década de 1960 contribuyó a alimentar el monstruo que ha sido ETA para, a continuación, y aislados por el sentimiento de culpa, intentar expiarla colocándose en primera fila de la respuesta cívica frente al terrorismo. En clave identitaria, su trayectoria se resume en el esfuerzo constante por trascender identidades simples, unívocas y absolutizadas para abrirse a identidades complejas, plurales y líquidas, ya no ligadas a constructos abstractos como la nación, sino a valores como la libertad. De ahí que su evolución ideológica se pueda resumir diciendo que fue un abertzale marxista (en ese orden: sustantivo y epíteto) hasta la Transición para acabar como un constitucionalista liberal de izquierda. Dicho de otro modo: al mismo paso que Onaindia iba descubriendo y valorizando al individuo, se sacudía lealtades comunitaristas de etiología variada. Pero con un hilo conductor siempre presente: la crítica al abertzalismo en sus diferentes familias desde parámetros progresistas.

Apostilla esta última que nos llevaría al problema del estrechamiento excesivo de la biografía de Onaindia que reseñamos hasta verla reducida a su quintaesencia patria. Ciertamente, no está en el ánimo del biógrafo abarcar dimensiones del biografiado más allá de su relación con la nación y la patria. Ahora bien:

hubiese resultado oportuno incorporar otros aspectos de su pensamiento político que explicarían, por ejemplo, que su alejamiento progresivo de la familia nacionalista no derivase en posturas conservadoras. El reduccionismo de la biografía a la dimensión patria acaba de alguna manera ahogando y minusvalorando la complejidad del pensamiento de Onaindia y su firme adscripción al campo de la izquierda.

El trabajo de Fernández Soldevilla y de López Romo presenta perfiles diferentes. Ahora se trata de abundar en los patrones ideológicos y organizativos de ese entramado que, habida cuenta que la identidad nacional es *el* vector que ha primado en esa constelación sobre cualquier otro, y sacudiéndose cualquier tentación de ambigüedad, nuestros historiadores denominan «nacionalismo radical». Si Molina se centra en la secularización patria en el caso de un individuo concreto, Fernández Soldevilla y López Romo prefieren focalizar la mirada en la subcomunidad nacionalista radical, en sus dos caras desde la Transición: EIA y EE hasta su rechazo explícito de los medios violentos para articular el todo social (con Onaindia en un papel estelar), por un lado, y el conglomerado de organizaciones de movimientos sociales, partidos políticos y ETA que conforman el autodenominado Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV), por otro lado.

El título de la obra resulta bien expresivo: *Sangre, votos, manifestaciones*. Por ese orden. Tres lógicas de acción sincrónicas y coordinadas para un mismo actor sociopolítico, y que son: la lucha por los votos, la lucha por la calle y el terrorismo como forma de homogeneizar un cuerpo social presidiendo las otras dos lógicas, cual espada de Damocles a la que le cortaron el hilo en más de 800 ocasiones. La concurrencia a elecciones es la forma de medir el grado de aprobación de un proyecto ideológico en toda democracia, labor que han desempeñado Herri Batasuna y sus marcas electorales sucesoras. La política de calle es una actividad legítima en todo sistema político liberal que hace de la deliberación pública libre y abierta sus prerequisites funcionales, misión movilizatoria ésta que viene encomendada a organizaciones de movimientos sociales de ámbitos como el feminismo y la defensa del medio ambiente (tema al que dedican un capítulo, y que bebe de un libro anterior firmado por Raúl López titulado *Años de claroscuro. Nuevos movimientos sociales y democratización en Euskadi, 1975-1980*). La tercera lógica, la práctica violenta con coartada política, sobrevuela todos y cada uno de los capítulos que conforman la obra. No en vano la disposición martirial de los «gudaris de hoy» ha reservado a la organización terrorista la dirección y coordinación del entramado del MLNV en su letal división del trabajo, según el principio de que quien arriesga vida y libertad adquiere el derecho para contar con una mayor capacidad decisoria en todos los planos y formas de intervención.

Los referentes políticos del nacionalismo radical (Euskadiko Ezkerra hasta su abandono de la religión política nacionalista, su precedente inmediato EIA y



Herri Batasuna) son objeto de tres capítulos monográficos en los que los autores diseccionan sus vectores ideológicos, analizan su evolución y dan cuenta puntual de sus contradicciones internas. Desde un enfoque de historia política y social (también cultural, aunque en medida más diluida, pese a la voluntariosa declaración inicial de intenciones de los autores), y haciendo gala de un manejo exquisito y combinado de fuentes documentales de primera mano (revistas de época, archivos, etc.) y de fuentes orales (un abanico de entrevistas a quienes protagonizaron los acontecimientos objeto de estudio, en particular en lo que concierne a ETApM y sus brazos políticos EIA y EE), los autores dan cuenta de la transición hacia el cauce democrático de unos, el conglomerado integrado por ETApM, EIA y EE, así como de la perpetuación del MLNV en la incivildad. La clave para comprender la disimilitud de las vías seguidas por uno y otro estriba en saber quién tomó el mando. La trayectoria de los *polimilis*, EIA y EE desvela que la lógica política se impuso a las armas; la de ETAm y HB apunta justo en la dirección contraria. La declaración de cese del terrorismo por parte de ETA en octubre de 2011 es buena prueba de que para doblegar a una organización terrorista con un (relativamente) amplio colchón social el factor clave es que quienes en su seno apuesten por la vía institucional para alcanzar objetivos políticos acaben imponiéndose sobre los adalides de la violencia. ¿Cómo y por qué, partiendo de un mismo tronco doctrinal común (la defensa irredenta y violenta de una Euskal Herria desgajada del ancestral enemigo sojuzgador que es España), EIA/EE/ETApM fue asimilando la pluralidad intrínseca a la sociedad vasca y la gestión de la misma por procedimientos democráticos, en tanto que HB/ETAm vino reproduciendo hasta ayer mismo el caldo de cultivo de la incivildad? El libro de Fernández Soldevilla y López Romo aporta las claves para comprender estas rutas disímiles (igual, por lo demás, que el de Molina personaliza la respuesta en el caso de Onaindia).

Hay más ingredientes anexos en la disección del nacionalismo radical vasco de las últimas décadas que los autores cubren con rigor. Elementos necesarios todos ellos para abordar esa pregunta que pone el cierre al libro en forma de epílogo, la madre de todas las preguntas en el País Vasco contemporáneo: «¿Por qué ha prendido la violencia política en Euskadi?». Ahí entrarían las cuestiones referidas a la delimitación del perímetro identitario, esto es, quién reúne los requisitos para ser de los «nuestros» y quién, por tanto, queda excluido del ámbito de obligación moral de la comunidad. A este tema dedican, de forma explícita o implícita, un total de tres capítulos: el que abre el libro procediendo a un recorrido histórico desde Sabino Arana a ETA de los criterios de pertenencia al endogrupo (desde la raza y la religión a la ideología pasando por el idioma, según el momento histórico y el actor político en cuestión); otro que versa sobre la fallida Cumbre de Chiberta en 1977 y su intento por crear un frente aglutinante de todas las fuerzas abertzales, pacto al que el PNV no se mostró dispuesto y, por último; otro capítulo que lleva por título «La muerte del

“español”» sobre las formas de representación del enemigo de la patria. No se agota aquí el exhaustivo ensayo de nuestros autores. Por el libro desfila todavía un capítulo focalizado en los estrechos vínculos mantenidos entre el ultranacionalismo vasco y de gran parte de la extrema izquierda, compañera de viaje aquiescente y acrítica de la violencia de motivación política practicada por las distintas organizaciones terroristas operando en suelo vasco. Completa la obra un útil bloque de anexos con cronologías, árboles genealógicos varios, resultados electorales y cifras de asesinatos.

En suma, estamos antes dos productos de una nueva generación de historiadores vascos comprometidos con el devenir de su país y que, con un compromiso cívico en el frontispicio de su quehacer, convierten a la historia en una herramienta para que nunca más la violencia sectaria condicione la vida de toda una sociedad.

Jesús Casquete

GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel, BEASCOECHEA GONGOITI, José María y ZARRAGA SANGRONIZ, Karmele (eds.): *Procesos de transición, cambio e innovación en la ciudad contemporánea*, Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, Bilbao, 2011, 701 pp.

El volumen que nos ocupa recoge una selección de 33 de las ponencias que se presentaron al IV Congreso Internacional Hispano Mexicano (Bilbao, 2009). Cabría subdividir de manera sumaria estas contribuciones en dos grandes bloques. Tras la conferencia inaugural de Horacio Capel un total de 14 ponencias se centraron en cuestiones relativas a la población. Las cinco primeras se vuelcan en problemas relacionados con la sanidad: Silvia Méndez analiza la incidencia de las epidemias en Xalapa, cuatro ponentes se interrogan sobre la relación entre nutrición, higiene y mortalidad urbana en el conjunto de España (Isabel Castelló y José Pina) o las ciudades de Alacant (Mercedes Pascual), Madrid (Eugenia Galiana y Josep Bernabeu) o Valencia (Ximó Guillem-Llobat). Los cuatro últimos trabajan en el seno de sendos Grupos de Investigación, sobre Salud Comunitaria, o sobre Historia de la Medicina —el último—.

Tres comunicaciones se centran en México y analizan cuestiones como los efectos del proceso de reforma agraria (Filiberta Gómez), los cambios en la ciudad de Veracruz desde 1950 (Silvia Méndez) o las poblaciones indígenas que migran a la capital (Héctor Vega). Las restantes ponencias corresponden a la Península Ibérica y se encuadran en la demografía histórica. Tres estudian los movimientos de población (Alejandro Román) y la demografía (Francisco Villatoro) en la bahía de Cádiz, y las repercusiones de la alfabetización en tres ciuda-